

PRIMACIA DE LA INTELIGENCIA

REFLEXIONES SOBRE LA NECESIDAD DE LA FORMACION DE LA INTELIGENCIA

Octavio Nicolás Derisi

1. *Situación del hombre y de la Filosofía actual.*

Una ola de irracionalismo en sus más variadas formas ha invadido y domina la Filosofía contemporánea: el *vitalismo*, el *intuicionismo*, el *historicismo* y el *existencialismo*. Ese tipo de Filosofía refleja el desconcierto y confusión de nuestra época, a la vez que incide en ella para agravar su mal, desatando una actividad caótica, amoral y sin sentido.

Se consuma así un proceso de desintegración de la vida espiritual, comenzado en los albores de la Edad Moderna, en el Renacimiento, con la desarticulación de la inteligencia de su objeto trascendente, el *ser*.

El *cogito* cartesiano puede ser señalado como el comienzo y el signo bajo el cual se instaura la nueva edad, *antropocéntrica*, de espaldas al ser trascendente, a Dios en definitiva, y replegada sobre sí misma, ensimismada en la propia inmanencia. No es el ser exterior quien ilumina con su verdad la interioridad de nuestra inteligencia, y, a través de ella, toda nuestra vida espiritual; sino viceversa, es la inteligencia quien dictamina sobre el ser. No es el caso de señalar ahora paso a paso este proceso de inversión *contra naturam* y de consiguiente desintegración de la vida del espíritu. Baste recordar el *empirismo* y el *racionalismo* de los siglos XVII y XVIII, que, por caminos opuestos, conducen al mismo término: al *subjetivismo*; y luego el *criticismo* Kantiano, en el que se consuma la "*revolución copérmica*", según la propia afirmación de Kant: no es ya la inteligencia quien depende y es gobernada por el ser absoluto y trascendente, quien se conforma con el ser y es iluminada en su interioridad con su verdad ontológica, sino viceversa, es la inteligencia quien crea los objetos en el ámbito de la propia conciencia mediante la función a priori de sus propios modos de conocer o categorías con que objetiva a los fenómenos.

La realidad queda así más allá de las posibilidades del conocer hu-

mano, condenado —como Prometeo del mito pagano— a rumiar sus propias creaciones dentro de su infranqueable inmanencia. El idealismo hegeliano llevó hasta el fin ese proceso de subjetivación: todo es en y por la Idea y nada hay fuera y más allá de ella. Y, a su modo, el positivismo empírico del siglo pasado reincidía, por otro camino, en el mismo subjetivismo, al reducir toda la actividad psíquica a meros fenómenos desarticulados de una auténtica realidad trascendente y vacíos de toda sustancia o ser distinto de aquéllos.

Lo paradójico es que por una lógica consecuencia, este proceso de subjetivación de la vida intelectual, consumada en la inmanencia absoluta del idealismo y del positivismo, desató las fuerzas irracionales e irracionales del hombre: primero, el *autonomismo moral* de la voluntad, constituida en ley de su propia actividad, y finalmente la irrupción incontrolada de todas las fuerzas irracionales en un amoralismo total. Sin *ser* impuesto a la inteligencia de una manera absoluta, desde más allá e independientemente de ella misma, desde la trascendencia, tampoco hay exigencias ontológicas o *deber-ser*, pierde todo sentido la norma moral y sólo queda la propia libertad autocreadora y abandonada a sí misma sin control alguno. Y henos conducidos ya al *amoralismo* y al *caos* del irracionalismo contemporáneo, cuya encarnación típica y de mayor vigencia actual es el existencialismo.

De más está decir que, abroquelado dentro de ese inmanentismo radical —ya de tipo *racionalista*, como el *idealismo*, ya de tipo *irracionalista*, como el *vitalismo*, el *historicismo*, y el *existencialismo* contemporáneos— al hombre le está cerrado el paso a lo absoluto: a la verdad y al bien y, en definitiva, el acceso a la Verdad y al bien divino, está condenado al ateísmo, y con mucha mayor razón le está impedido el acceso a la verdad y al bien sobrenatural revelado por la palabra de Dios. El hombre queda solo, hundido y entenebrecido en su inmanencia irracional, reducido a un puro devenir o proyección existencial finita y gratuita, sin razón de ser y sin sentido, en una palabra, a un ser absurdo y condenado a la desesperación; de la que no puede ilusionarse de escapar sino por el aturdimiento de la disipación y del activismo.

Tal la situación del hombre actual, del hombre que encontramos a cada paso: que se mueve y se agita movido y aturdido por sus pasiones, que nace, vive, trabaja y muere sin saber ni preguntarse por qué existe, qué es y cuál es su destino y el sentido de la vida y de la muerte, envuelto en tinieblas de ignorancia y contradicción y sumergido en un irracionalismo vivido.

2. *La primera tarea: salvar el valor ontológico auténtico de la inteligencia.*

¿Cómo arrancar al hombre actual de su situación desastrosa?

No queda más remedio que desandar el camino errado, sacarle de ese caótico irracionalismo, devolviéndole la confianza perdida en la inteligencia, pero no de cualquier modo, sino en la inteligencia rectificadora también de las desviaciones antropocentristas, del subjetivismo, tanto racionalista como empirista. Recobrada a su auténtica naturaleza centrando su actividad en su verdadero objeto: el ser aprehendido primeramente en las cosas materiales a través de los sentidos, pero manifestándose desde éste en todas sus conexiones e implicaciones causales, la inteligencia devolverá al hombre la *visión cabal* de la realidad trascendente, del mundo y de Dios, al par que con esa misma luz le esclarecerá su propio ser inmanente, y con sus exigencias ontológicas le dará la medida exacta, la *norma moral*, para encauzar sus actividades prácticas, su voluntad libre y las facultades inferiores a ella subordinadas hacia la perfección de su propia vida por la aprehensión sucesiva de ese mismo ser trascendente —que para la actividad práctica es fin o *bien*— y que, en su plena posesión, es el Bien infinito de Dios.

Abierto por su inteligencia a la trascendencia absoluta del ser, con la verdad o inteligibilidad de éste, el hombre no logra sólo esclarecer —hasta cierta medida al menos— la realidad trascendente del mundo y la propia y alcanzar por ambas, siquiera analógicamente, pero con toda seguridad, la de Dios; sino que a través de ella se le hace accesible el mismo lenguaje divino de la Revelación con que Dios sobrenaturalmente le comunica su verdad para luego comunicarle su misma vida por la gracia santificante.

Es menester llegar hasta ahí, hasta la defensa del valor de la inteligencia y de su vida y para ello es menester ahondar en la Metafísica, la Gnosología, la Antropología y la Ética, en una palabra, es necesaria una sólida formación filosófica si se quieren salvar no sólo la actividad rectora de la inteligencia y con ella y desde ella la vida moral y el ser y vida espiritual humana y la civilización y, desde ella, la posibilidad de acceso al mismo orden sobrenatural, que se apoya en ese ser y vida espiritual aprehendida en su auténtica realidad y organizada de acuerdo a sus exigencias ontológicas.

3. Necesidad de la formación filosófica para lograr la *visión cabal* de la realidad.

Esta sólida formación filosófica es necesaria además para una *visión integral* de la realidad. Sobre determinados puntos doctrinarios referentes a la vida espiritual: intelectual, moral, social, etc., nada dice la Revelación, que nos trae el mensaje de salvación. Una recta formación filosófica debe llenar, pues, ese vacío, porque sin ella no se podría actuar rectamente sobre un sinnúmero de situaciones, fuera de que esa ausencia

o, lo que es peor, una visión falseada de la realidad en tales temas, redundaría siempre directa o indirectamente, en desmedro de la realidad sobrenatural, por la íntima conexión de ésta con la verdad natural.

Más aún. Esta seria formación filosófica es indispensable para el logro de una adecuada y recta formación teológica. Las verdades de nuestra fe son organizadas científicamente y de este modo constituidas en *Teología*, gracias al esfuerzo de nuestra razón, que con la ayuda de las verdades naturales, científicamente sistematizadas por la Filosofía, se adentra en su sentido íntimo, las conecta en un sistema orgánico y las fecunda para extraer de ellas un verdadero desarrollo de *conclusiones teológicas*. Sin Filosofía nos quedamos en el Dogma, en el catecismo; pero no tenemos Teología.

4. Necesidad de la integración de la formación filosófica en la teología.

Pero desde luego que la formación filosófica, por importante e indispensable que sea, no es toda ni la principal formación intelectual para un católico; ella abarca, sobre todo, la Teología. Si hemos hecho hincapié en la Filosofía, es porque hay quienes afirman todavía que no es necesaria para la formación cristiana superior, es decir, para la formación teológica. Acabamos de ver cómo es imposible saber Teología sin conocer a fondo la Filosofía. Pero está claro que un cristiano culto, un universitario, tampoco pueda quedarse en una formación puramente filosófica: debe integrar la filosofía en la Teología en la verdad de una verdadera Sabiduría cristiana. Tal el ideal de formación católica.

Sin esa concepción o visión cristiana —visión filosófico-teológica— verdadera de la vida, no es posible instaurar el orden cristiano en la sociedad, ni siquiera en la propia existencia cuando se trata de un hombre de vida intelectual superior como es el universitario. Una formación científica, artística o técnica superior, tal como se imparte o debe impartirse en la Universidad, si no va aparejada por una formación filosófico-teológica correspondiente, al menos en el mismo nivel y solidez de los de aquella, sustrae toda esta vida intelectual específica de la vocación científica, profesional, etc., de la influencia e información religiosa, y, sin control de la verdad, se constituye en un verdadero peligro, para la misma fe del que la ejerce, como lo ha señalado S. S. Pío XII en un discurso a los universitarios.

Semejante formación filosófico-teológica o visión superior natural y sobrenatural científicamente organizada de la vida, que nos da el canon o medida exacta para apreciar los acontecimientos y la conducta personal y social en las más complejas situaciones, es indispensable para la *clase dirigente*, y en especial para los universitarios de Acción Católica, llamados, ahora en la vida de estudiantes y sobre todo más tarde en su

actuación científica o profesional, a influir y regir los destinos de múltiples instituciones y de la sociedad misma. No basta la virtud para actuar bien; ni tampoco el buen sentido o sentido común. Es menester tener la inteligencia enriquecida con los principios de una sólida, completa y orgánica síntesis filosófica y teológica.

De la falta de tal formación nace la ineptitud de muchos católicos —eminentes tal vez en su ciencia, en su técnica, etc., y en su consiguiente influencia social— para actuar con eficacia en la organización cristiana de la propia vida individual en relación con su profesión o vocación científica, v. g., médicos, abogados y técnicos, hombres públicos católicos, que desconocen la moral cristiana de su profesión o actuación, expuestos, por eso mismo, a obrar contra los principios de su propia religión y, a veces, contra los de la misma razón natural; en quienes su vida científica o profesional no está íntegramente informada por su fe, precisamente porque a ésta le ha faltado el adecuado cultivo superior filosófico-teológico correspondiente a su estado.

Esta ausencia de formación es siempre mucho más grave en el intelectual católico, en el hombre de estudio y de universidad, que en el simple cristiano de condición inferior, precisamente porque, por las mismas exigencias de su vida, está constreñido a actuar ya en la misma investigación científica, ya en la actuación jurídica, económica, artística y técnica, ya sobre el mismo gobierno de la sociedad, sobre una serie de temas y objetos en que inciden a la vez y desde un plano jerárquico superior los principios de la razón y de la fe.

El caos y la confusión de principios, la deformación corriente de los mismos, tanto en el plano especulativo como en el práctico, hasta constituir una verdadera atmósfera viciada, que se respira casi sin darse cuenta por doquier, la complejidad creciente de la vida actual, en gran parte laicizada, hace más necesaria, más completa y profundizada que nunca esa formación integral católica desde la Filosofía a la Teología, pasando por la Historia, la Escritura y otras disciplinas auxiliares, en la clase dirigente, a la cual pertenecen, quiéranlo o no, los universitarios, los profesores, profesionales, artistas, etc. Si no nos exponemos a su claudicación ya por el silencio, a causa de su incapacidad de actuar, ya —lo que es más grave aún— por una actuación deformada contraria a los propios principios cristianos y de la recta razón, cuya desviación, según dijimos, directa o indirectamente resulta contra los de la fe.

Los últimos años, debido sin duda a las graves circunstancias apuntadas en todos los órdenes, nos han demostrado frecuentes casos, aun en nuestro país, de defecciones de católicos en su actuación, en gran parte por carecer de esa visión superior cristiana de la vida y de su aplicación en los diversos planos de la actividad: económica, pedagógica, política, etc.

De ahí que si siempre los Sumos Pontífices han velado siempre por la conservación incólume del depósito de la fe, ante estas circunstancias agravadas de la vida actual, los últimos han multiplicado sus cuidados sobre el particular, no contentándose solamente con condenar errores —Le Sillon, el Modernismo, L'Action Française, la Nouvelle Théologie, para no citar sino algunos de los principales— sino insistiendo en la formación filosófico-teológica y disponiendo que los profesores impartan la enseñanza de la Filosofía y la Teología “*ad angelici Doctoris rationem, doctrinam et principia, eaque sancte teneant*” (Cap. 1366, párrafo 2º) en los Seminarios y en las casas de estudios superiores de la Iglesia, así como en la vigilancia que exige a los Obispos y superiores sobre esta impartición de la doctrina. Baste recordar como-*contra la Nouvelle-Théologie*, que so color de volver a una mayor pureza del Dogma católico separándolo de todas las superposiciones filosófico-escolásticas para no hacer depender de aquél sistemas filosóficos determinados y poder así dar acceso a aquél también a otras filosofías modernas, arrastrando en esa actitud a la razón y a la Filosofía y, por ésta, a la misma Teología, a un *relativismo* desprovisto de verdad absoluta — en su Encíclica *Humani Generis* S. Santidad Pío XII ha salido por los fueros de la sana razón, no sólo en Teología sino también en Filosofía, recordando que el progreso en tales disciplinas no puede consistir en la sustitución de la verdad por otra, como si ella dependiese de cada época (*relativismo historicista*), sino por penetración, desarrollo y aplicación de la misma verdad a los nuevos temas y presentación actualizada, inculcando a renglón seguido una vez más la doctrina de la Filosofía y de la Teología escolástica tradicional, sobre todo en la síntesis orgánica del Angélico Doctor.

5. *La formación intelectual como fundamento de la vida sobrenatural cristiana.*

No ignoro que la formación intelectual no es todo ni basta. Es más necesaria e importante nuestra formación espiritual, nuestra santidad, nuestra entrega total a Cristo y a su Iglesia en una vida integralmente católica en nosotros y en nuestra actuación apostólica.

Pero también es verdad que esa entrega a Cristo y esa vida de apostolado sobrenatural no se realizará auténtica y plenamente si no se realizan conforme a la verdad en todas sus partes; y para que así sea, es preciso comenzar por ilustrar nuestra inteligencia con los principios filosófico-teológicos de la Sabiduría cristiana y conformar a ella aquella vida y aquella actuación.

El primer acto de entereza y vigor de nuestra piedad ha de comenzar por lo que es principio y fundamento de toda la vida cristiana, por

un acto de esfuerzo y constancia en adquirir una sólida, profunda y completa formación intelectual católica.

6. *Primacía de la contemplación sobre la acción, y síntesis de ambas en la vida apostólica.*

En una época practicista y activista como la nuestra conviene recordar, sin embargo, que por encima de todas las conveniencias y necesidades de orden práctico, que como hemos señalado, tiene la formación intelectual católica, hay otra de un orden superior, que justifica en sí misma la vida de la inteligencia en el plano natural y sobrenatural: y es la supremacía de la vida intelectual y de la contemplación sobre la acción, acerca de la que han escrito páginas penetrantes y hermosas S. Agustín y Santo Tomás, como culminación de la perfección humana y cristiana.

Toda la vida activa terminando en la vida moral, tiene razón de medio para alcanzar la posesión del Supremo Bien, imperfectamente en el tiempo, perfectamente en el cielo.

Ahora bien, la prehensión misma del bien se logra por la vida intelectual, natural o sobrenatural. El hombre alcanza su plenitud humana y divina por la contemplación. La actividad práctica, sin excluir la Moral, se cumple como medio para el logro de la contemplación. Toda la organización y actividad de la ciudad —de la sociedad— es decir, toda la actividad práctica, afirma Sto. Tomás en un texto audaz, tiene sentido y está ordenada a hacer posible la vida contemplativa de los santos.

Por eso también aquélla es transitoria, pasa con el tiempo, una vez alcanzada la plenitud de ésta, que permanece eternamente. En el cielo sólo queda la contemplación gozosa de Dios.

La formación intelectual filosófico-teológica nos facilita, pues, y nos acerca a esa plenitud espiritual natural humana y sobrenatural divina, que, en sí, en la vida del tiempo, lejos aún de la vida intuitiva de Dios no se alcanza sin la santidad y sin el amor de Dios.

Y una vez alcanzada, más o menos plenamente, esa vida contemplativa, sólo entonces en la luz de la verdad —de la verdad de Dios en definitiva— amorosamente poseída, es posible organizar la vida y el apostolado como comunicación de esa verdad, como un desbordamiento de aquella *verdad* —que es a la vez *bien*— en nosotros mismos y en los demás, según aquélla de Sto. Tomás (S. Thel., II-II 186,6): *ex plenitudine contemplationis derivatur doctrina et praedicatio*: sólo entonces es posible convertir y transmitir la contemplación convertida en acción con la verdad —*tradere aliis contemplata*, según la expresión de Sto. Tomás— en vida apostólica —*unión vital de vida contemplativa y activa*—; o para decirlo con una profunda palabra de S. Pablo, casi intraducible, ἀληθεύοντες, *realizamos la verdad*.